

GABRIELA WIENER

(LIMA, 1975)



Foto: © Alberto Sierra.

Es autora de los libros de crónicas *Sexografías*, *Nueve Lunas*, *Mozart*, *la iguana con priapismo y otras historias*; y del libro de poemas *Ejercicios para el endurecimiento del espíritu*. Su último libro se llama *Llamada perdida*. Escribe con asiduidad para el diario *El País* de España y el diario *La República* de Perú. Estudió Lingüística y Literatura en Universidad Católica del Perú. En sus inicios trabajó en las redacciones de los diarios peruanos *Síntesis* y *La República*. Luego en *El Comercio* y en *Etiqueta Negra*, que fue su escuela como cronista. En 2003 se trasladó a Barcelona para cursar el Máster en Cultura Histórica y Comunicaciones de la UB. Desde España, ha continuado escribiendo para las revistas más importantes de Latinoamérica y España. En 2011, tras ocho años de vida y trabajo periodístico en Barcelona, se trasladó a Madrid para trabajar como redactora jefe de la revista española *Marie Claire*. En 2014 renuncia a la revista para trabajar por su cuenta. En la actualidad sigue viviendo en la capital de España y colabora en diversas revistas latinoamericanas y europeas.

50 SOMBRAS DE GREIFF

EL POETA QUE NADABA EN UNA PECERA DE ATUNES

CUANDO EL HIJO DE DOÑA RAMONA adquirió la ruinoso vivienda de la carrera 16A con 23 para tumbarla y convertirla en el parqueadero de los clientes de su burdel, el Atunes, no se imaginó que la compraba con un baúl lleno de manuscritos, discos y libros del poeta León de Greiff. Ni se le pasó por la cabeza que esos bultos que habían soportado derrumbes, incendios e inundaciones escondían parte de la historia literaria de este país.

Las peceras fueron una extravagancia suya. Para no olvidar sus días de buzo y las inmersiones que solía hacer en mares profundos, el hijo de doña Ramona decidió construir dos acuarios entre las paredes sin ventanas del prostíbulo, al que bautizó «Atunes», como esos peces de carne rosa metidos en latas para nuestro consumo ordinario. En la misma manzana hay otro bar llamado La Piscina, un lupanar con una alberca dentro. A esa zona del barrio Santa Fe, en Bogotá, se le conoce como el «complejo acuático», un eufemismo que los «cachacos» entienden muy bien. Antes de que se saliera el mar y escupiera sus peces más coloridos, aquí vivían los ricos, miembros de la comunidad judía y costños adinerados habitaban lo que hoy son casas de citas, cabarets, pensiones de mala muerte y parqueaderos para coger.

Desde cualquier puerta iluminada por el neón, esta tarde veo clamar por atención a las «enrejadas» –mujeres que abren las piernas y enseñan los pezones detrás de alguna reja– y a las «muestronas» –niñas, menores de edad convenientemente maquilladas (y explotadas) desafiando a la ley–.

Aquí también, en medio de algunos edificios de la Bauhaus, hoy tristemente magullados, se erigía la casa en la que vivió y murió De Greiff, el escritor «casado, bígamo y aún trigémimo, extractor de esencias, contumaz hereje, tergiversante, signista,

navegador de nubes, tocador de fagot, contabilista y estadístico, domesticador de culebras», en sus propias palabras.

Un día, el dueño de Atunes fue asesinado y el local y sus peceras y sus putas pasaron a manos de su madre, Doña Ramona. Del lado B del archivo de León de Greiff no se supo más.

Una moxinifada es una palabra de origen portugués empleada por De Greiff para aludir al arte de las mezclas, variaciones, tergiversaciones, relaciones y revelaciones insospechadas. El término está vinculado también a los gestos, particularidades, calidades y virtudes simbólicas del Mago del Tarot. Hernando Cabarcas –filólogo, 56 años, cabello entrecano y gafas– me habla de las moxinifadas de De Greiff mientras nos comemos un pollo –él ha insistido en venir a esta pollería en particular, la mejor de Santa Fe– con las manos debidamente enfundadas en guantes de plástico, rodeados de transexuales que se pasean ante nuestras narices, de arriba a abajo, a la luz del día. El hecho de que un académico medievalista me haya traído al barrio de las putas ya es una moxinifada en sí misma. Me cuesta imaginarlo como mi guía por los bajos fondos. Hasta que recuerdo su condición de tráfuga de la academia. Una vez, propuso a su universidad dar clases a media noche, otro tipo de clases, «para aprender cosas que solo se aprenden en la nocturnidad», decía. Y no le dejaron. Tampoco aceptaron su proyecto de investigación «Los libros como el alma de la ciudad». Entonces renunció a las aulas.

—Hoy solo creo en la poesía y en la magia –exclama avanzando como un poseso por la calle 22, sin dejar de proferir versos y fantasías de De Greiff, mentando las aventuras de cada uno de sus heterónimos. Lleva años estudiándolo, viéndolo, oyéndolo, escribiéndolo, soñando con editar algún día su obra, pero no en un estúpido libro de papel o pantalla. Él quiere editar sus hipertextos, sus mundos imaginarios, convertirlos en una experiencia artística y cultural; devolver a De Greiff a la ciudad

en su faceta más lúdica, vital, transgresora; pasearlo por la calle, meterlo, por ejemplo, a un burdel. Yo lo sigo en silencio, desorientada, entendiéndolo a la mitad o acaso menos de lo que dice, y por momentos preguntándome si cualquier gran pasión no es una especie de locura. Habla como un alucinado de un baúl traído de Suecia por Carlos Segismundo von Greiff, en el que estuvo guardada durante un tiempo una de las espadas de Simón Bolívar, la que le diera el M19. Habla del Cuarto del Búho. De 33 poetas de un clan. Del Fabulador Paradislero. De su viaje a Korpilombolo, en el Polo Norte sueco, donde descansa la momia de un tal Gaspar de la noche, ese otro yo del escritor y prófugo del clan. Cabarcas cruza la línea de la verdad y la ficción sin avisar, moxinifando. Y cuando ya no sé en cuál de las realidades nos hayamos sumidos, llegamos al parqueadero de Atunes, al lado del burdel. La enorme tina de hierro del poeta, en posición vertical y cubierta con una frazada, es el único vestigio de que allí se levantaba la vieja casa de De Greiff. Y por primera vez se me ocurre que estoy en una clase impartida en la calle por el profesor Cabarcas, lejos de las aulas pero en el meollo del conocimiento, el lugar donde respiran, sudan y se encabritan los saberes. Cada dos por tres, Cabarcas explota una nueva misteriosa conexión entre los mundos, cada cosa tiene un significado poético para él. Para un verdadero *degreiffiano*, siempre hay algo detrás, un enigma por resolver, una asociación secreta. Además, el profesor es un aficionado a la cábala y al Tarot.

—León De Greiff predijo que nosotros llegaríamos a él con un propósito superior —me cuenta.

La profecía aparece en el tomo 4 de la *Obra dispersa* y dice así: «Los manuscritos quedarán por acá, olvidados... por acá en donde habrá de ser posiblemente exhumado (y por casualidad) el fárrago de fárragos y mamotreto de mamotretos garrapateado [...]. Cuando ellas se leerán y se apreciarán, justipreciarán o menospreciarán luego de que aparezca y las edite algún *tarambana*, en el año dos mil y pico».

Al decirlo, Cabarcas insinúa que él es ese tarambana en el año dos mil y pico. Está convencido de que el poeta intuía décadas antes lo que él haría en 2015 con su legado.

Cuando llegué a Bogotá no sabía nada de León de Greiff. Tampoco es tan raro. Fuera de Colombia es un enigma y dentro, es el célebre poeta que nadie lee. Es probable que los niños se aprendan algún poema suyo en el colegio pero pocos lo conocen en realidad. Hay escritores que no son para todo el mundo. Sobre todo aquellos que se atreven a desafiar lo establecido, a experimentar, a forzar los límites de la lengua. A mí su nombre, aristocrático y musical, me sonaba, como si en lugar de un escritor fuera un personaje de una novela que yo había leído en sueños. Cabarcas me presentó a su fantasma ahí mismo. Lo imaginé, alto y rubio, barbado y de ojos melancólicos, exactamente como era, con la sangre española, alemana y escandinava confabulándose en sus horizontes. Y esa manera de decir las cosas, como si se hubiera criado entre un palacio y un burdel. Neobarroco, culterano, alguien aficionado a las palabras y ritmos extraños, a los neologismos –una antología reciente de sus poemas iba acompañada de un glosario con 160 palabras inventadas por él–. Alguien que escribía poemas en pentagramas. Algunos le llaman modernista, otros vanguardista, pero todos coinciden en su simbolismo oscuro y radical, esa fascinación por las fuerzas ocultas, por la magia, por el misterio y su revelación. Pero también por lo raro, lo extravagante, lo lejano y ancestral, con el humor y la ironía justas para llamar a sus libros «mamotretos». Y para inventarse un territorio literario, «leolandia», habitado por incontables personajes creados por él, a la manera de Fernando Pessoa y su fábrica de heterónimos. Los otros De Greiff, Matías Aldecoa, Leo Le Gris, Gaspar von der Nacht, Sergio Stepánovich Stepansky, Erik Fojrdson, Ramón Antigua y muchos más. Como Vallejo o Huidobro, De Greiff llegó para mirarlo todo

otra vez, con los ojos de un búho sobrenatural posado en el viejo árbol de la tradición.

Por la época en que renunció a la universidad, Cabarcas se hizo amigo de doña Ramona Mendoza, hoy dueña de Atunes. Después de visitar durante algo más de un año la zona como parte de su proyecto de investigación de la vida y obra de De Greiff, en enero de 2014, Cabarcas, el filólogo medievalista, asiste a un hallazgo insólito. Por fin, tras muchas negativas, Doña Ramona accede a enseñarle lo que se oculta en una de las habitaciones que funciona como depósito del prostíbulo y ahí, ante sus ojos, en medio de viejas botellas de soda, aparece el legendario baúl con los papeles de Carlos Segismundo von Greiff (otro de los nombres del poeta), la bibliografía, los cientos de documentos plagados de anotaciones. Aparecen también unos cinco mil discos con su nombre escrito a mano y, en suma, las claves que faltaban para entender la mente de quien tanto hizo por las escrituras contemporáneas.

—¡Era el archivo tetramultidimensiopiramidal del que hablaba De Greiff en sus libros! Ahí estaba todo ese misterio desparramado ante mis ojos.

Sí, él lo había perseguido, se había ganado la confianza de la mujer y lo había conseguido. El tarambana ese. En quince años, la señora no había tirado a la basura aquel botín. Lo que ni la familia ni las instituciones se preocuparon por hacer lo había hecho ella. El poeta y las putas moxinifándose. Cabarcas pensó en ese instante en arrodillarse pero al final no lo hizo.

El pez cirujano azul ni se inmuta en su remolino de agua y luz artificial cuando pego mi nariz a la pecera de Atunes. Yo no sabía que en los prostíbulos podía haber peceras como en los restaurantes chinos. Pensaba que solo se trataba de una idea literaria: Gregorovius contándole a la Maga que odia las peceras porque hace tiempo, al pie de la cama de un prostíbulo, había

un acuario maravilloso y los peces pasaban y pasaban, incluso uno negro y grande que pasaba como la mano de la prostituta pelirroja por sus piernas, subiendo y bajando, enseñándole otra versión del amor, «la repetición al infinito de un ansia de fuga, de atravesar el cristal y entrar en otra cosa». Y la Maga diciéndole que qué más da, si los peces ya no quieren salir de la pecera porque nunca tocan el vidrio con la nariz. «La nariz como límite del mundo».

Doña Ramona es el pez gordo de esta pecera. Tiene una extraña forma de ser la jefa, la Madame del burdel. Aunque debería ser millonaria viste humildemente, con una chompa de abuelita. No usa tinte para el cabello y tiene la media sonrisa de quien sabe demasiado. La abrazaría si no fuera porque debería tenerle miedo. Alguien me dijo que su arte consiste en tener en la misma casa y sin que nadie salga muerto, al político, al guerrillero, al narcotraficante y al banquero. Colombia entera cabe en Atunes. La mujer es tan pequeña que casi no se le distingue detrás de la barra contando los billetes que le dejan los clientes a espuestas. Cabarcas no es un cliente más, es como el hijo intelectual que nunca tuvo, el chico que llegó a su vida después de que al suyo lo mataran unos gánsters.

Un prostíbulo de día es fascinante. Atunes abre por la mañana y cierra a las 9 de la noche. Ahora mismo son las cuatro de la tarde y todas sus salas están copadas de tipos, algunos muy burgueses y vestidos de traje, tal vez en algún descanso del trabajo. Llevan de la cintura a las impresionantes trabajadoras del local como si fueran suyas. Ellas, que te hacen sentir a ti, mujer natural, como una cucaracha, y entender con repentina claridad por qué estos señores no están en ningún otro sitio. Nos sentamos en una mesa frente a la pecera y a la barra de *pole dance* y pedimos unas cervezas frías. Es más difícil seguir el discurrir de la mente de Cabarcas en medio de tantos estímulos visuales.

—Mira, esto es espectacular —me dice enseñándome la perfecta recreación de una tiendita de barrio dentro del burdel, donde una de las hermanas de doña Ramona vende chicles, cigarrillos, caramelos. La tercera hermana se encarga de otra de

las barras. Las tres son viejísimas, de otro tiempo, y tratan a Cabarcas como el muchacho al que quieren mimar. Son una asociación fuera de este mundo. Si no fuera por la foto que Cabarcas me enseña en el móvil no me creería que hace unos meses, doña Ramona y él viajaron juntos a la Laponia sueca, uno de los lugares donde vivió De Greiff, para un congreso de especialistas en su obra.

—Un mago lapón le entregó un talismán a doña Ramona: cuando pasó su mano antes de colgárselo, brillaron más de quinientas estrellas.

El clímax de esta unión serán las travesías culturales que Cabarcas ha dirigido y bautizado como «Moxinifadas de Gaspar», en honor a ese personaje de De Greiff. La exposición se montará dentro de un mes en el otro local de Doña Ramona, Kalamares, a pocos metros de Atunes y pretende ser, me dice Cabarcas, la soñada «edición» del archivo encontrado, en la que se desplegará toda su riqueza textual, musical, bibliográfica y urbana a través de intervenciones artísticas, lecturas y apropiaciones varias —desde las artes plásticas, el teatro, el vídeo, la cábala o la música— que revelen, quizá, también un modo de ser en la ciudad. Ocurrirá cuando se cumplan 120 años del nacimiento del poeta. Una modernés superponiéndose al oficio más viejo del mundo. Una intersección, un agujero negro en la línea del tiempo, casi como le hubiera gustado a De Greiff. Para esas fechas, el prostíbulo se vestirá de gala. Las paredes de Kalamares ya han sido pintadas y se ha reformado la hermosa escalera que lleva a las habitaciones.

—Un día le leí a doña Ramona la *Balada de la fórmula definitiva y paradójal* y le encantó: *todo vale nada / si el resto vale menos...* —recita Cabarcas. Doña Ramona no conoció al poeta, pero lo vio en un anuncio de la revista *Semana* de 1951, en el que dice ser amigo de la buena cerveza y que por eso toma «las polas» de Bavaria. Desde entonces lo sintió cercano y querido, y se alegró de haber comprado ese terreno donde había estado su casa.

Fue como alimentar al destino con comida para peces.

En este ecosistema subterráneo de flora y fauna, en esta recreación del sexo, del placer, del amor que es un prostíbulo, juraría que las chicas que trabajan aquí son las únicas que tienen branquias. Vestidas con minúsculas y ajustadas prendas de colores brillantes, respiran elevadas sobre todos los demás, se mueven batiendo sus colas escamadas de un lado a otro de su mundo, dejando todo atrás, de mano en mano, de transacción en transacción, sin pegar la nariz al cristal de su pecera. Yo pego la nariz a sus curvas perfectamente operadas y decido que ellas son hoy el límite de mi mundo.

—¿Puedo entrar?

—Pasa pa' acá —me dice Doña Ramona, desde su púlpito en la barra, señalándome la entrada al vestidor de las chicas. Dos mujeres muy jóvenes se alistan para salir del burdel.

—¿Eres nueva? —me pregunta una.

—Tendría que operarme toda para que eso fuera verdad...

Me cuentan cosas, que una de sus amigas se ha enamorado de un cliente, por ejemplo.

—Yo sí me encapricho con algún cliente de vez en cuando, dice una.

—Yo solo me encapricho con el dinero, dice la otra.

Esta noche, cuando dentro de nada los Atunes cierre sus puertas, ellas irán a otro bar a seguir ganando dinero. La morena alta y divertida me pregunta si quiero venir de farra con ella y con su novio.

—Estas chicas están muy locas —me dice cómplice doña Ramona, contando más billetes.

Salgo con Cabarcas con dirección a Los Kalamares, el otro prostíbulo en el que se expondrá el archivo de De Greiff. Se nos ha unido más gente. Algunos amigos de Cabarcas. Nadie se mete con nosotros. Estamos bajo la sombra poderosa de Doña Ramona. A sus amigos se les respeta en las calles peligrosas. Ya la noche del sábado golpea fuerte en el barrio. Música ruidosa y cientos de personas buscando su lugar. Pero parece que nadie ha elegido Kalamares. El bar está vacío. Una

de las hermanas de doña Ramona nos sirve unas cervezas. Cabarcas ha traído varias barajas del Tarot. Me enseña orgulloso que entre ellas hay un arcano colombiano, con iconos de este país y me pide que escoja la baraja que más me gusta. Yo tengo una sola pregunta que hacerle. Por sorpresa llega doña Ramona y se sienta con nosotros para hablar del archivo que ella salvó del olvido.

—Yo ya hice mi parte. Sabía que era algo muy valioso. Por eso les decía: no tengo nada, no tengo nada...

—¿Y por qué aceptaste mostrarlo al mundo finalmente?

—Por Hernando.

Cabarcas, el tarambana, se enternece al escucharla decir su nombre y responde a su manera:

—Doña Ramona es el mago de la baraja, la que maneja todas las conexiones de las líneas del universo. León de Greiff es el loco. Ella es el mago y él es el loco. Los dos han creado un arcano que no existía.

Elijo el tarot pagano. Cabarcas me hace escoger tres cartas. Y decidir, aún sin verlas, cuál representará el presente, cuál el pasado y cuál el futuro. Al voltearlas, veo que en la primera, la del presente, hay una chica muy guapa escribiendo bajo un árbol. Me dice el mago que es el diablo de la baraja. Me asusto. Las otras dos me dan más miedo. Pero él me tranquiliza.

—Mira —me dice— la carta del medio es tu presente, es la resistencia, el tiempo de la creación. Si quieres dibujar un bambú tienes que vivir rodeada de ellos, es así de simple. La de arriba es la carta del futuro. Hay dos personas y cinco copas. Las dos que lleva el hombre en la mano son tus hijos. Las copas vertidas representan la abundancia, no el desperdicio. Los tres fluyen, los otros dos dan la estabilidad. Una mujer cuida el movimiento. El hombre, el orden. La última carta, que parece tan terrible, con ese corazón atravesado por tres espadas es la del pasado. Quiere decir que eso en rigor ha quedado atrás. El presente y el futuro pueden cambiar el pasado.



No sé si es el alcohol pero cuando acaba de leer las cartas, abrazo a Cabarcas. «El presente y el futuro pueden cambiar el pasado». ¿Qué quiere decir eso? ¿Que si seguimos esta loca línea temporal, entonces nunca habremos sido infelices? ¿Todo será un continuum de gozo? Repito la frase hasta entenderla o, mejor dicho, hasta casi dejar de intentar entenderla. Solo permito que viva en mí como una respuesta a algo que ni siquiera he preguntado. Como una moxinifada. Como una profecía.

★★★

Kalamares agoniza. Dejamos a doña Ramona y salimos al fresco en busca de otro bar más poblado.

—Tengo el palpito de que me voy a ganar la lotería de Bogotá —anuncia de pronto Cabarcas—. Mi abuelo se la ganó tres veces. También de que las travesías en homenaje a León de Greiff y a Bogotá serán un éxito.

En el último bar está la fiesta. Hay prostitutas por todas partes y grupos de jóvenes desatados. Cabarcas, que no pierde ocasión de lanzar citas cultas aún en medio del *berraqueo*, recuerda una frase de Alan Deyermond: «el problema de todo medievalista es pensar que detrás de cada columna hay un símbolo... Eso es tan problemático como que el medievalista no lo suponga». Me

parece una frase muy exacta para esta travesía simbólica, para esta ouija con un muerto célebre, para este ritual hechicero. Y pienso una vez más en la pecera de Atunes. Si la miras fijamente alucinas que los peces escapan del agua al aire. Peces que se hacen pájaros de golpe y sobrevuelan el firmamento color chicle del burdel. Pero si despegas la nariz del cristal y la diriges hacia otro lado, el burdel entero podría confundirse con una enorme pecera que nos contiene como se albergan raras formas de vida. El mundo, entonces, sería el verdadero prostíbulo, y nosotros esas criaturas engañadas que la gente mira pasar y pasar detrás del cristal.

Pedimos una botella de aguardiente y a cambio una prostituta viene a nuestra mesa, se soba contra nosotros, a mí me empuja contra sus tetas y pone el culo en la cara a Cabarcas antes de que él termine de decir:

—Doña Ramona, el equipo de investigadores tarambanas y yo llevaremos a Korpilombolo la tina del poeta para cargarla de la energía boreal y la descongelaremos en el Barrio Santa Fe en junio de 2016, así desencadenaremos y fortaleceremos los vínculos de esta ciudad letrada con la vida y la alegría.

La noche, *definitiva, agorera, bruja, moxini-fándonos.*